

MÚSICA / ENSAYO DISCOGRÁFICO

Claudio Arrau y los conciertos para piano de Beethoven

Tres integrales y algunas sorpresas



Algunas ediciones discográficas de las integrales de los conciertos de Beethoven interpretados por Claudio Arrau.

Introducción

Claudio Arrau ocupa un lugar destacado entre los grandes intérpretes de Beethoven del siglo XX. Los hay más apolíneos, más impetuosos y ciertamente más estentóreos, pero pocos han conseguido revelar con tanta naturalidad las tensiones que recorren su música. Beethoven no construye sus obras mediante la simple acumulación de episodios contrastantes. Su arquitectura surge de las relaciones, a menudo conflictivas, entre esos elementos. Arrau posee la rara capacidad de hacerlos audibles sin descomponer el discurso musical. En ocasiones parece llegar hasta las costuras de la composición, pero jamás resulta pedante ni didáctico. Su Beethoven se comprende escuchándolo, no porque el pianista se empeñe en explicarlo.

Se ha insistido tanto en su profundidad filosófica y en la supuesta pesantez de sus concepciones que a veces se olvida su vitalidad. Arrau podía tocar con un peso considerable, pero peso y pesantez son cosas diferentes. Su sentido del ritmo, su capacidad para articular las voces interiores y su imaginación, por ejemplo, en los rondós de estos conciertos, revelan a un músico bastante más libre y divertido de lo que su reputación permite sospechar. Por lo demás, tampoco Beethoven fue siempre solemne, aunque algunos intérpretes parezcan empeñados en demostrar lo contrario.

Arrau grabó tres integrales de los cinco conciertos para piano de Beethoven: con Alceo Galliera y la Philharmonia Orchestra entre 1955 y 1958 (EMI), con Bernard Haitink y la Orquesta del Concertgebouw en 1964 (PHILIPS), y con Colin Davis y la Staatskapelle Dresden durante los años ochenta (PHILIPS). La distancia temporal entre ellas permite apreciar ciertas transformaciones en su manera de tocar, aunque quizá resulte más sorprendente comprobar la continuidad de su personalidad musical. El Arrau de los años cincuenta ya era un intérprete de concepciones plenamente desarrolladas, mientras que el de los ochenta conservaba una energía y una disposición al riesgo que difícilmente asociaríamos con un pianista en retirada.

He escuchado comparativamente las tres integrales, incorporando algunas grabaciones de estudio anteriores y una selección de registros en vivo. El propósito es recomendar un ciclo completo, escoger las interpretaciones individuales que considero más logradas y examinar las alternativas que ofrecen las actuaciones públicas. No se trata de elaborar una discografía exhaustiva, sino de compartir una experiencia de audición en la que las preferencias personales importan tanto como la posibilidad de fundamentarlas.

Las tres integrales

«Las diferencias existen, pero Arrau sigue siendo Arrau».

La primera integral, con Alceo Galliera y la Philharmonia, posee una vitalidad contagiosa. El Cuarto Concierto fue grabado en mono, mientras que los restantes pertenecen ya a la etapa estereofónica. Arrau toca con claridad, energía y una espontaneidad que debería bastar para desterrar su reputación de pianista pesado. Galliera es un colaborador de primera categoría, con imaginación, nervio y un sentido del color particularmente atractivo. Su Beethoven posee una base clásica muy sólida, pero jamás parece domesticado por ella. La disciplina de la forma permite que los contrastes adquieran mayor fuerza, que los acentos resulten más incisivos y que las frecuentes insolencias del compositor conserven su efecto. Es una colaboración en la que ambos músicos parecen disfrutar descubriendo cuánto puede decirse sin perder la compostura.

La integral con Bernard Haitink y la Concertgebouw ofrece una perspectiva diferente. El sonido de Arrau adquiere mayor redondez y su fraseo parece ensancharse, aunque la concepción general de las obras permanece estable. Haitink dirige con refinamiento, cuidando las relaciones instrumentales, las gradaciones dinámicas y las voces interiores. Su colaboración alcanza resultados memorables, especialmente en el Cuarto Concierto, aunque en ocasiones echo de menos algo de la espontaneidad de Galliera. Haitink parece más interesado en preservar la continuidad del discurso que en subrayar sus accidentes; una opción perfectamente legítima, pero que a veces atenúa el carácter provocador de

Beethoven. No es una cuestión de calidad orquestal, desde luego, porque pocas agrupaciones podrían competir con la Concertgebouw de aquellos años.

La tercera integral, con Colin Davis y la Staatskapelle Dresden, es mi favorita. Aquí encontramos una combinación particularmente feliz de pianista, director, orquesta y grabación. Davis posee una concepción sinfónica de gran envergadura, pero también la flexibilidad necesaria para acompañar las libertades de Arrau sin comprometer la estructura. La Staatskapelle aporta un sonido de enorme riqueza, con cuerdas de una belleza característica y unas maderas capaces de iluminar detalles que en otras interpretaciones pasan inadvertidos. La grabación permite apreciar todo ello con una naturalidad poco frecuente. Es, además, una colaboración en la que las distintas voces de la orquesta conservan su personalidad sin perder nunca el sentido del conjunto, una virtud particularmente importante en Beethoven.

Conviene insistir en que estamos comparando conciertos para piano y orquesta, no solamente actuaciones pianísticas. Arrau puede encontrarse en estado de gracia y, sin embargo, el resultado depender también de la imaginación del director, de la respuesta orquestal y de la calidad de la toma sonora. En ese sentido, la integral con Davis me parece la realización fonográfica más completa, aunque no necesariamente contenga las mejores interpretaciones individuales de los cinco conciertos.

Quise contrastar esta elección con Jaime Reyes, profundo conocedor del legado discográfico de Arrau, curador de sus grabaciones, restaurador de algunos de sus registros inéditos y colaborador de *Arrauhouse*. Su respuesta me sorprendió: también prefirió la integral con Davis. Jaime destacó, además, la consistencia interpretativa de Arrau a lo largo de su carrera. Coincido con él. No encuentro una evolución desde el virtuosismo juvenil hacia una supuesta profundidad tardía, aunque sí percibo una ampliación de la paleta sonora y, en ocasiones, una libertad todavía mayor. Las diferencias existen, pero Arrau sigue siendo Arrau.

Los cinco conciertos

«Conviene insistir en que estamos comparando conciertos para piano y orquesta, no solamente actuaciones pianísticas».

Concierto n.º 1 en do mayor, op. 15

Mi preferencia es la grabación con Galliera, donde Arrau conserva el humor, la agilidad y la frescura de una obra que todavía mira hacia Haydn y Mozart, aunque ya contiene suficientes insolencias como para reconocer a Beethoven. Lo interesante es cómo ambos músicos manejan esa convivencia entre la elegancia heredada y los impulsos que parecen querer desbordarla. Los acentos, las respuestas orquestales y la articulación del rondó tienen una vivacidad que nunca se confunde con ligereza. Haitink ofrece una lectura bellísima, pero algo más contenida, mientras que Davis aporta una concepción sinfónica más amplia y una calidad orquestal superior. Jaime prefiere esta última. Yo sigo encontrando en Galliera una espontaneidad especialmente atractiva.

Concierto n.º 2 en si bemol mayor, op. 19

Aquí coincido con Jaime en elegir a Haitink. La claridad de su dirección, el equilibrio instrumental y la elegancia de la Concertgebouw resultan particularmente apropiados para una obra que exige más gracia que monumentalidad. Arrau evita cargar de gravedad una partitura que todavía conserva mucho del ingenio mozartiano, pero tampoco la convierte en una pieza de entretenimiento. Hay un cuidado del fraseo y de las respuestas entre piano y orquesta que permite apreciar la personalidad de Beethoven sin exagerar sus gestos. Galliera ofrece una lectura más vivaz, con detalles instrumentales de gran encanto, mientras que Davis consigue una interpretación de notable belleza, aunque menos singular dentro de su integral.

Concierto n.º 3 en do menor, op. 37

Galliera dirige con energía y Arrau responde con una ejecución de gran vitalidad. Haitink dispone de una orquesta magnífica, pero su lectura me parece menos comprometida dramáticamente, aunque Jaime la prefiere. Davis consigue una construcción sinfónica de gran envergadura, con una Staatskapelle Dresden de riqueza y autoridad excepcionales. Sin embargo, mi elección es anterior a las tres integrales: la grabación de 1947 con Eugene Ormandy y la Orquesta de Filadelfia. Arrau despliega una técnica prodigiosa y una fogosidad casi incendiaria, mientras Ormandy acompaña con un compromiso pleno. Aquí las tensiones no se resuelven mediante una búsqueda permanente de equilibrio: se enfrentan, se acumulan y encuentran su cauce en el desarrollo musical. El pianista conserva siempre el control, pero no parece interesado en disimular la violencia de la escritura. Davis ofrece un disco más completo, de mayor riqueza sinfónica y mejor grabado, pero el Arrau de Ormandy posee una electricidad difícil de igualar.

Concierto n.º 4 en sol mayor, op. 58

El Cuarto plantea la elección más difícil. Galliera ofrece una interpretación noble, clara y de gran equilibrio clásico, aunque su grabación monofónica no la favorece especialmente. Haitink alcanza una perfección poética poco común: ilumina las voces interiores, revela las relaciones armónicas y acompaña con sensibilidad las libertades de Arrau. Es mi versión favorita.

En este concierto, quizá más que en los otros, la comprensión de la estructura depende de cómo se relacionan elementos de carácter muy diferente. Arrau sabe conservar la continuidad entre el lirismo del primer movimiento, la severidad del segundo y la recuperación de la alegría en el rondó. Haitink contribuye decisivamente a esa unidad, sin borrar los contrastes que le dan sentido. Davis ofrece una interpretación igualmente magnífica, de mayor amplitud sinfónica y con una nobleza sonora singular. Jaime prefiere esta última y no encuentro razones para discutir una diferencia que, en definitiva, es de matices.

Concierto n.º 5 en mi bemol mayor, op. 73, «Emperador»

Galliera ofrece una interpretación de gran arrojo y vitalidad clásica. Haitink alcanza momentos de belleza sublime, especialmente en el segundo movimiento, aunque su dirección me parece demasiado moderada en el primero. Con Davis, en cambio, todo funciona. Arrau combina grandeza y afecto, ataques poderosos y un sonido acampanado de singular belleza. Davis responde con flexibilidad y la Staatskapelle Dresden despliega una riqueza sonora difícil de superar. Las cuerdas parecen tocar bajo una sordina imaginaria en los pasajes más recogidos y la orquesta sabe estallar cuando Beethoven lo exige. Lo notable es que esa amplitud dinámica no se convierte en una sucesión de efectos: la energía del primer movimiento, el recogimiento del segundo y la exuberancia del rondó pertenecen a una misma

concepción. Arrau posee una capacidad singular para pasar de la autoridad al lirismo sin modificar artificialmente el carácter de su sonido. El segundo movimiento es profundamente conmovedor y el rondó constituye otra demostración de su imaginación. Hay muchos Emperadores impresionantes, pero pocos discos tan bellos y tan bien realizados como este. Jaime coincide en elegirlo.

Las grabaciones en vivo: un Beethoven para cada gusto

La discografía en vivo de Arrau ofrece decenas de registros de estos conciertos, con directores y orquestas de muy diversa categoría. Junto a colaboraciones más modestas encontramos nombres como Pierre Monteux, Carl Schuricht, Charles Munch, Franz Konwitschny, Eugene Ormandy, Otto Klemperer, Hans Schimdt-Isserstedt, Daniel Barenboim, Eugen Jochum, Carlo Maria Giulini, Riccardo Muti, Leopold Ludwig, Rafael Kubelík, Gari Bertini, Eliahu Inbal, Wolfgang Sawallisch y Leonard Bernstein, además de agrupaciones como las filarmónicas de Berlín, Nueva York y Los Ángeles, la Sinfónica de Londres, Orquesta de la Radio de Baviera o la Orquesta de Filadelfia. Hay grabaciones de calidad sonora desigual y actuaciones de temperamentos muy diferentes. Algunas sorprenden por su ímpetu; otras, por su refinamiento o por la libertad del pianista.

En el Primer Concierto mi preferencia es la actuación de 1945 con George Szell y la Filarmónica de Nueva York, de energía desbordante, aunque no exenta de cierta precipitación. También resulta muy atractiva la grabación de 1965 con Teodoro Fuchs y la Sinfónica Nacional Argentina, donde Arrau toca con una libertad notable y el director consigue interesantes detalles orquestales. Jaime recomienda la versión con Carlo Maria Giulini. El Segundo constituye un caso particular: Arrau lo interpretó y al parecer fue grabado en el ciclo dirigido por Fuchs en el Teatro Colón de Buenos Aires, pero esa grabación no ha sido difundida públicamente, hasta donde he podido comprobar.

En el Tercero recomiendo la grabación de 1967 en Praga, dirigida por Zdeněk Košler. La toma sonora sitúa el piano en primer plano y permite apreciar con claridad la precisión, el poderío y la imaginación de Arrau. Jaime prefiere la actuación con Rafael Kubelík, otra lectura de gran intensidad. Para el Cuarto, mi elección es el registro de 1959 con Christoph von Dohnányi y la orquesta de la Radio de Colonia, una interpretación de libertad casi visionaria, acompañada con gran sensibilidad y muy bien grabada en mono. Jaime elige la versión con Leonard Bernstein, disponible tanto en disco como en video. En el Emperador me inclino por la actuación con Otto Klemperer, aunque Jaime recomienda a Wolfgang Sawallisch.

La variedad de registros permite escoger según el gusto personal. Jaime y yo coincidimos en lo esencial, aunque nuestras elecciones individuales no sean siempre las mismas. Tampoco tendría mucha gracia que lo fueran.

Arrau en Chile, 1984

«Arrau no solo era capaz de seguir a los grandes directores; también podía hacer que los grandes directores tocaran de otra manera».

El regreso de Claudio Arrau a Chile en mayo de 1984 tuvo una importancia histórica y afectiva que excede ampliamente los límites de una reseña discográfica. Después de diecisiete años de ausencia, el pianista volvió a presentarse ante su público en actuaciones que provocaron un entusiasmo difícil de describir. Sin embargo, conviene recordar que Arrau no regresó solamente para recibir homenajes. Regresó para tocar, y lo hizo con una energía y una exigencia musical admirables a sus 81 años.

El 12 de mayo, en el Teatro Municipal de Santiago, interpretó el Quinto Concierto con Juan Pablo Izquierdo y la Orquesta Filarmónica de Santiago. La actuación posee nobleza, vigor y una calidad pianística que desmiente cualquier sospecha de decadencia. Particularmente revelador resulta un fragmento audiovisual de los ensayos, en el que Arrau interviene directamente sobre la articulación de un pasaje del rondó en que el piano ni siquiera participa. Izquierdo pregunta reiteradamente si la ejecución corresponde a lo que desea el maestro, hasta que Arrau, satisfecho, sonríe y exclama: «Eso, lo tienen». La escena demuestra que su concepción musical abarcaba la partitura completa y no solamente su intervención como solista. Arrau no solo era capaz de seguir a los grandes directores; también podía hacer que los grandes directores tocaran de otra manera.

El 18 de mayo, en la Catedral de Santiago, Arrau interpretó el Emperador y el Cuarto Concierto, acompañado por Víctor Tevah y la Orquesta Sinfónica de Chile. La colaboración posee un carácter diferente. Arrau y Tevah habían trabajado juntos anteriormente, circunstancia que probablemente contribuye a la libertad que se percibe en la interpretación. El Emperador posee una energía arrolladora, mientras que el Cuarto, alcanza momentos de gran profundidad poética. La orquesta no siempre posee la precisión de la Filarmónica dirigida por Izquierdo, pero responde con entusiasmo y expresividad. La grabación discográfica, por cierto, ofrece una calidad sonora muy superior a la del registro audiovisual.

En fin, existen innumerables maneras de interpretar a Beethoven, pero solamente con las grabaciones de Arrau tenemos ya un universo entero por explorar. No es mala idea darse una vuelta por semejante legado fonográfico.